

# ¿Cuántas veces al día se cepilla vd. los dientes?



Si Vd. se cepilla los dientes, tres o más veces al día, puede usar un dentífrico normal, puesto que la acción del cepillado ya elimina las partículas nocivas que quedan entre los dientes.

**Pero si Vd. tiene la costumbre de cepillarse los dientes una sola vez al día, le conviene usar la crema dental LICOR DEL POLO.**

La crema dental LICOR DEL POLO contiene los principios activos del afamado elixir antiséptico LICOR DEL POLO.

Su acción se prolonga durante el día dejando sus dientes blancos y su boca fresca y agradable.

CREMA DENTAL



BLANCA Y CLOROFILADA

**Por ENRIQUE MIRET MAGDALENA**

**E**N julio de 1965 consultó el Papa a todas las comunidades de diáconos del mundo entero acerca del texto que ahora, hace unas semanas, acaba de promulgar Pablo VI, sobre estos clérigos que habían desaparecido como tal clase desde hace más de quince siglos en la Iglesia.

En Roma, el año pasado —el primero de enero de 1966—, tuvo lugar su primer Congreso Mundial.

De resultados de ello va a tener la Iglesia otra vez diáconos, como los tuvo en los primeros siglos, y cuya misión, parecida a la sacerdotal, pero no estrictamente tal, es imprescindible en la Iglesia de hoy.

Los Obispos franceses habían pedido también, hace medio año, al Santo Padre que permitiera en Francia ordenar diáconos permanentes, casados o no; y ahora el Papa no sólo da permiso para Francia, sino para todo el mundo.

Lo que «todavía» —como decíamos en nuestro primer artículo dedicado al celibato del clero— quiere Pablo VI que permanezca sin unir en la Iglesia latina es el sacerdocio y el matrimonio.

Habría que preguntarse, ¿por qué?

**A**CABA de publicarse, pocas semanas antes de la encíclica del Papa, un libro que merece la pena fijarse en él. Está escrito por un joven sacerdote, cuya juventud no es obstáculo para la madurez de su pensamiento y de su cultura. Lo titula: «¿Crisis de seminarios o crisis de sacerdotes?».

Su autor —Olegario González— lo ha escrito con cariño y profundidad. Seriamente, científicamente. Algo a lo que no estamos acostumbrados entre nosotros, a pesar de la valla intelectual de muchos sacerdotes que, desgraciadamente, se dispersan en múltiples actividades exteriores. No han pensado —a pesar de su cotidiano contacto con la Biblia— que ésta dice —a seglares y sacerdotes— «el mundo se pierde porque no hay quién reflexione».

Con precisión afirma este teólogo: «Es el magisterio pastoral de la Iglesia, el que ante las situaciones —históricas, se entiende— concretísimas... debe decidir cuál de las dos formas posibles de realización sacerdotal, en virginidad consagrada o en matrimonio, es la que más acorde está con las exigencias del ministerio apostólico, que son las que constituyen el criterio supremo para la elección de medios y formas de vida en la existencia del apóstol».

La cosa está clara: la Iglesia, en cada momento histórico, decide qué es lo más conveniente apostólicamente, si el sacerdote soltero o casado. Y el cristiano que se siente llamado a ello valorará, para aceptar su vocación sacerdotal, la exigencia apostólica que le pone la Iglesia en la época que le toca vivir. Lo cual hace imposible que «la decisión dada para una época tenga valor absoluto; siendo, por ello, capaz de revisión y rectificación» (O. González, o. c.).

El Papa en su encíclica pienso que dice lo mismo, porque al alegar las razones en favor del celibato unido al sacerdocio, como hoy está en vigor, se refiere siempre a la acción apostólica que puede y debe realizar el sacerdote. Su punto de mira, para saber si hay vocación sacerdotal, es ver si tiene la necesaria inquietud apostólica para comprender la exigencia del celibato que hoy pone todavía la Iglesia como condición imprescindible por motivos pastorales.

«El estado de virginidad... significa, en el sacerdote, su total entrega al sacerdocio de Dios y de los hombres». Es «como un signo y

# RAZONES Y SINRAZONES DEL CELIBATO

un **estimulante de la caridad**. Intenta «amar a todos los hijos de Dios y entregarse a ellos». Y así consigue «entregarse todo entero al servicio de todos de una manera más universal y concreta».

Resume así el Papa su idea: «el motivo verdadero y profundo del celibato sacerdotal es la elección de una relación más íntima y completa con el misterio de Cristo y con el de la Iglesia»; y siempre pone como razón de la elección que se hace, el que sea para bien de la humanidad toda entera.

Lo pastoral y apostólico es lo que da sentido a lo personal.

Cuando se dice —por eso— que el sacerdote es un solitario, hay que saberlo entender. Porque «el sacerdote no es un separado del pueblo de Dios, ya que se establece por el bien de todos, y entregado totalmente al amor», señala Pablo VI.

Siempre lo mismo: al aceptar el sacerdocio no se da una especie de individualismo sublime, una clase de elevado egoísmo espiritual que sólo piensa en uno mismo y en Dios. Se expresa, en uno mismo, la unión de sacerdocio y celibato como algo pedido por el bien de los demás, y no por otra razón puramente individual.

Por eso me extraña, y no sé cómo se compagina con lo que he transcrito antes del teólogo español antes citado, que pocas páginas después de afirmar los motivos apostólicos para justificar el celibato eclesialístico —en el individuo, personalmente, y en la Iglesia, en forma general—, cite este autor al monje protestante Thurian con alabanza por esta frase: «el celibato sacerdotal no debe justificarse de manera utilitaria, por la mayor disponibilidad para el servicio a los demás» (*Marriage et Célibat*). No creo que esto es lo que debemos pensar; no hay que dividir la llamada individual separándola de la necesidad comunitaria. El llamamiento de Dios no es separable en su origen, del llamamiento de la comunidad de creyentes: al contrario, a través de este amor a los hombres se conoce el llamamiento de Dios. Dios no llama a nadie en el vacío, ni conoce nadie su vocación sin relación al prójimo. Y no se puede decir —en su afán posterior de arreglar las cosas— que más tarde se unan ambos aspectos, el individual y el pastoral. El cristiano que vive las necesidades de la Iglesia descubre a través de ellas su vocación; y no al revés. Lo contrario sería olvidar que la caridad con los demás es la piedra de toque de todo en el cristianismo, y que la vida personal del cristiano se descubre y se forja a través del amor a los demás. Lo otro sería ficción, o posibilidad de ficción, como ocurre muchas veces.

**S**IN duda no es con obras populares, como la frustrada obra de teatro «Dios, ¿en huelga?» —escrita por un sacerdote bienintencionado, pero poco acertado en mi sentir—, como se comprenden los problemas de una ley que exige al sacerdote un sacrificio suplementario y complementario del que entrañe su decisión ministerial.

En cambio, sí lo son obras como la del sacerdote don Olegario González, que —con tal seriedad teológica y pastoral— plantea los problemas con pastoral precisión, acierto apostólico y con un gran fondo teológico. Estas obras —y no aquéllas— hacen pensar, y sirven de reflexión para todos, aunque pueda haber —como en todo lo que escriben hombres— alguna cosa menos clara.

«La elección del celibato —añade Pablo VI— no lleva consigo el

ignorar o despreciar el instinto sexual o la afectividad... (sino) una sana sublimación de las fuerzas psicológicas a un plano superior».

Este desviación de la energía psíquica a un plano superior es condición imprescindible para poder conllevar este difícil cometido de ser sacerdote y célibe. Sin ello no haremos sino angustiados, desplazados o desdichados.

«La gracia no destruye la naturaleza» —recuerda Pablo VI—. Porque la gracia, el don de Dios, debe descubrirlo uno en una elección «que se haga con total prudencia humana y cristiana —sin proponerse temerariamente un fin para el que uno no se siente dotado de las condiciones humanas adecuadas—; y hacerlo de manera responsable (sin engañarse con razones teóricas, sino con razones enraizadas en lo que uno naturalmente es)».

Por eso dice, con delicada experiencia, el Padre Voillaume, el seguidor de Foucauld, el fundador de los Hermanos de Jesús —esos monjes en medio del mundo laboral—: «cuando por vez primera descubráis en vosotros un dulce sentimiento de ternura por una mujer... sabed que eso es normal».

No hay que pedir al sacerdote que sienta esa experiencia, una sensibilidad purificada, sólo ascéticamente dominada; sino algo mucho más profundo, y para lo cual no todos sirven. Se necesita «una sensibilidad... sublimada».

Los psicoanalistas lo entenderán perfectamente: el que sólo reprima su sensibilidad, inconscientemente surgirá en él esa fuerza reprimida, pero lo hará con disfraces neuróticos, como vemos a veces en sacerdotes buenos, pero mal formados y mal orientados psicológicamente. Hace falta algo más que un frenazo a la sensibilidad propia, se necesita saber asumir y canalizar la energía sexual —la libido— hacia metas distintas, pero fecundas, que se centren en el servicio a los demás. El que descubre existencialmente —no teóricamente— este valor, asumirá y superará las dificultades del celibato; quien no lo descubra vitalmente, sino sólo intelectualmente, nada habrá resuelto.

Todo esto nos lleva a una conclusión: en el futuro habrá menos sacerdotes de los que hay ahora. Serán sacerdotes sólo aquellos que cumplan los requisitos necesarios para reunir ambas vocaciones: la de presbítero y la de célibe.

Los otros, los que no pretendan el poder de consagrar y perdonar los pecados, pero sí el servir espiritualmente a los demás, esos podrán ser casados en Occidente cristiano: serán los diáconos. Serán diáconos y no sacerdotes; que es lo que sólo pretenden ser muchas veces los pastores, o los «ancianos», entre los protestantes. Y así, sin darnos cuenta, habremos establecido un nuevo ministerio entre los católicos, que se aproximará al de nuestros hermanos cristianos, estableciendo un nuevo punto de unión con ellos.

Confesemos, además, con realismo, que había entre los católicos muchos sacerdotes que no tenían verdadera vocación sacerdotal, sino diaconal, de servicio a los otros; pero que no les cabía ahora más remedio que aceptar difíciles condiciones para ellos: la de ser célibes por un lado, y la de ordenarse de sacerdotes. En el futuro, la Iglesia abre sus puertas a una situación intermedia, y en el porvenir más lejano no sabemos hasta dónde podrá llegar.

Hagamos así punto final a este balance del problema que hoy plantea la unión de celibato y sacerdocio.